Enséñame tu ciudad

Él conoce todas las calles. Aún tiene que descubrir sus deseos.



Laura Bellini

Enséñame tu ciudad

Él conoce todas las calles. Aún tiene que descubrir sus deseos.

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384905494

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - El hombre que conocía todos los caminos 10
Capítulo 2 - Las reglas del camino compartido 21
Capítulo 3 - El lugar que no aparecía en el mapa 33
Capítulo 4 - Más allá de la ruta establecida 45
Capítulo 5 - El derecho a tener una noche para mí 58
Capítulo 6 - Cuando el camino nos acerca 70
Capítulo 7 - Entre el beso y la vida cotidiana 81
Capítulo 8 - Entre las personas que él conocía 90
Capítulo 9 - El mapa que no queríamos perder 102
Capítulo 10 - Allí donde termina el mapa 115
Capítulo 11 - La cercanía también tiene sus límites 127
Capítulo 12 - Quién sostiene el lápiz.....142
Capítulo 13 - El precio de tener voz propia 153
Capítulo 14 - Lo que no nos decíamos 167
Capítulo 15 - El límite que no debía cruzarse 179
Capítulo 16 - Cuando hay que marcharse 199
Capítulo 17 - Los caminos que elegimos por nosotros mismos 211
Capítulo 18 - El primer paso sin garantías 221
Capítulo 19 - No basta con conocer el camino..... 230
Capítulo 20 - La ciudad en la que podemos quedarnos.....241

INTRO

Lo primero que marqué en el mapa no fue una calle, una plaza ni un edificio. Fue una puerta por la que la mayoría de la gente pasaba sin pensarlo dos veces, sin darse cuenta de que, al otro lado, comenzaba un mundo completamente diferente.

Estaba frente a ella en una fría mañana de octubre, con una carpeta llena de documentos bajo el brazo y un vaso de café que ya se había enfriado. Un nuevo barrio de Łódź despertaba lentamente. Las luces se encendían en las plantas bajas de los edificios antiguos recién restaurados, alguien abría una pequeña panadería y, al otro lado de la calle, un repartidor intentaba aparcar su furgoneta en un espacio que, evidentemente, había sido diseñado para vehículos de la mitad de su tamaño. A mi espalda pasó un tranvía, dejando tras de sí su característico sonido metálico.

Me gustaban aquellas mañanas. La ciudad todavía no había tenido tiempo de ponerse su rostro oficial. No había multitudes, cámaras fotográficas ni personas detenidas en mitad de la acera para leer la placa con la historia de otro edificio restaurado. En cambio, había ventanas entreabiertas, olor a pan recién hecho, aceras irregulares y lugares que no tenían ningún motivo para gustarle a nadie. Precisamente por eso me parecían interesantes.

Llevaba años dibujando mapas. No de los que aparecían en las guías turísticas, con líneas gruesas, iconos de colores y los puntos de visita obligatoria donde todo el mundo debía hacerse una fotografía. A mí me interesaban los pasajes, los atajos, los pequeños establecimientos, los patios interiores, las escaleras que no llevaban a ninguna parte y los lugares

cuyo significado solo conocían unas pocas personas. Creía que un mapa no tenía por qué decirle a alguien adónde debía ir. Más bien debía mostrarle dónde podía encontrar algo que todavía no sabía que estaba buscando.

Aquel día tenía mi propio plan. Quería recorrer la ruta que había trazado, comprobar varios puntos que había marcado previamente y decidir cuáles merecían formar parte de mi paseo personalizado. No necesitaba un guía. No necesitaba un asesor. Y, sobre todo, no necesitaba a nadie que se colocara a mi lado para explicarme lo que debía observar.

Tenía treinta y un años y suficiente experiencia para saber que ser independiente no significaba no aceptar nunca ayuda. Significaba poder decidir cuándo la necesitaba.

Abrí la carpeta y saqué una impresión del mapa provisional. En uno de los patios interiores había señalado un pequeño punto que había llamado mi atención el día anterior. Se accedía por una puerta estrecha y, al otro lado, había una antigua escalera con puertas de madera y una ventana que daba al patio interior. En las imágenes por satélite, aquel lugar parecía otro espacio vacío entre edificios. En realidad, tenía su propio ritmo, el olor de los muros húmedos y una luz que, durante unos minutos cada mañana, caía sobre una pared desde un ángulo extraordinario.

Di dos pasos hacia la entrada cuando escuché una voz a mi espalda.

—Disculpe, ¿está buscando a alguien?

Me volví. En la puerta de una pequeña tienda había una mujer con un jersey oscuro y unas llaves colgando de un dedo. Tenía el cabello gris recogido de cualquier manera en

la nuca y la mirada de alguien que no pensaba fingir que no había visto a una desconocida merodeando frente a su casa.

—No. Estoy observando el patio.

—¿Y para qué?

La pregunta era sencilla, pero necesité un momento para encontrar la respuesta.

—Estoy creando un mapa de esta zona. Me gustaría mostrar lugares que no aparecen en las guías habituales.

La mujer miró mi carpeta y después la entrada.

—Este patio no es una atracción turística.

—Lo sé. Precisamente por eso me ha llamado la atención.

No sonrió. Durante un instante tuve la impresión de que debía explicarle algo más, pero no quería convencerla de algo que yo misma todavía no sabía describir del todo.

—Aquí vive gente -dijo-. A algunos no les gusta que los desconocidos miren por sus ventanas.

Volví a mirar la entrada. En mi mapa había señalado aquel lugar como un pasaje interesante. Sin embargo, no se me había ocurrido pensar que, para alguien, era ante todo la puerta de su hogar.

—Tiene razón. No quiero molestar a nadie.

La mujer guardó silencio unos segundos, como si estuviera comprobando si hablaba en serio.

—Si quiere ver cómo es el lugar, puedo enseñárselo desde la parte de atrás de la tienda. Pero, por favor, no incluya la dirección.

Asentí y guardé el bolígrafo. La seguí hasta un pequeño espacio que olía a café y detergente. Al fondo había una

puerta que daba al patio. La mujer la abrió apenas lo suficiente para dejarme ver el interior.

Vi una bicicleta apoyada contra la pared, varias macetas con plantas, un patinete infantil y una figurita de porcelana sobre el alféizar de una ventana. Ninguna de aquellas cosas tenía valor histórico. Ninguna aparecería en un mapa oficial de la ciudad. Y, sin embargo, precisamente en ellas había algo de lo que llevaba tanto tiempo buscando.

—Lo entiendo -dije en voz baja.

—Bien. Porque no todo el mundo lo entiende a la primera.

Salí de la tienda con una nota nueva, pero también con la incómoda sensación de que mi plan, tan cuidadosamente preparado, estaba mucho menos completo de lo que había imaginado. Un mapa podía ser bonito, preciso y estar lleno de lugares interesantes y, aun así, resultar injusto con las personas cuyas vidas transcurrían más allá de sus líneas y símbolos.

Me senté en un muro bajo y abrí mi cuaderno de bocetos. En lugar de añadir otro punto, taché el anterior. A su lado escribí: «No todo lo que se puede encontrar tiene que mostrarse».

Aquella idea me gustó más que cualquier otro elemento de mi proyecto hasta entonces.

Durante la siguiente media hora paseé sin prisa. Me detenía frente a los escaparates, fotografiaba detalles de las fachadas y anotaba nombres de calles. En un lugar encontré un pequeño taller donde un hombre mayor reparaba relojes. En otro, unas escaleras conducían a un establecimiento cuyo letrero estaba tan descolorido que solo podía leerse de cerca. Cada uno de aquellos lugares tenía su propia historia, pero no pensaba inventármela.

Cuando regresé a la calle principal, el teléfono vibró en el bolsillo de mi abrigo. El mensaje era de la persona que coordinaba el proyecto del paseo.

«Tengo el contacto de un guía que conoce esta parte de Łódź mejor que nadie a quien podamos recomendarte. Radosław Żak. Dicen que es capaz de contar algo sobre cada calle. Me gustaría que hablarais antes de aprobar definitivamente la ruta».

Suspiré.

Colaborar con un guía no formaba parte de mi plan original. Sin embargo, entendía que, si aquel paseo iba a ser algo más que un cuaderno privado de bocetos, necesitaba verificar información que yo sola no podía comprobar. No quería basar el proyecto en mis propias suposiciones. Por otro lado, tampoco estaba dispuesta a entregar a nadie el derecho de decidir qué lugares merecían ser mostrados.

Respondí brevemente que podíamos quedar.

Después volví a mirar el mapa. Ya conocía algunas calles, algunos pasajes y algunas historias que no pensaba arrebatarle a nadie. Sabía lo que quería crear, aunque todavía ignoraba cuánto tendría que cambiar para llevar aquel proyecto hasta el final.

No conocía a Radosław Żak. No sabía qué aspecto tenía, cómo hablaba ni por qué conocía aquel barrio mejor que yo. Solo sabía que, según decían, era capaz de encontrar el camino en lugares donde los demás únicamente veían callejones sin salida.

Me pregunté si sería capaz de comprender que, a veces, el camino más interesante comenzaba precisamente cuando alguien decidía abandonar la ruta establecida.

Guardé el cuaderno de bocetos en el bolso y eché a andar. Por primera vez aquel día pensé que quizá el mayor desafío no sería dibujar la ciudad tal como era, sino encontrar a alguien que me permitiera verla a mi manera.

¿Y si el hombre que conocía todas las calles no era capaz de aceptar que no todas conducían adonde él habría elegido?

Capítulo 1 - El hombre que conocía todos los caminos

La cita era a las diez, en una pequeña cafetería instalada en la planta baja de una antigua fábrica. Había elegido aquel lugar no porque fuera especialmente encantador, sino porque se encontraba justo entre las dos partes del barrio que quería conectar en mi mapa. Desde la ventana se veía la fachada restaurada de uno de los edificios y, al otro lado de la calle, una tienda de alimentación completamente corriente. Me gustaban aquellas combinaciones. Me recordaban que una ciudad no estaba formada únicamente por aquello que alguien había considerado digno de ser restaurado.

Llegué quince minutos antes. Extendí sobre la mesa mis bocetos, mis notas y una copia impresa del mapa con los puntos señalados. Había preparado preguntas sobre la historia de la zona, los nombres de antiguas fábricas y varios pasajes cuyo trazado había cambiado durante las últimas reformas. Sin embargo, no tenía intención de entregarle todo el proyecto a mi interlocutor. Necesitaba sus conocimientos, no su permiso para hacer mi propio trabajo.

Cuando la camarera me trajo un segundo café, se abrió la puerta de la cafetería y entró un hombre al que reconocí por la descripción que había recibido el día anterior. No porque tuviera aspecto de guía turístico. No llevaba una cámara colgada al hombro, ni una mochila de viajero, ni ninguno de esos pequeños accesorios que la gente suele asociar con quienes cuentan historias sobre una ciudad. Vestía una chaqueta oscura, un jersey azul marino y sostenía en una mano una hoja de papel doblada por la mitad.

Miró alrededor, me vio y se acercó a mi mesa.

—¿Irmina Borek?

—Sí. ¿Radosław Żak?

—El mismo.

Nos estrechamos la mano. Su apretón fue firme, pero breve. Me fijé en que primero me miró a mí y solo después dirigió la atención hacia los documentos extendidos sobre la mesa.

—Disculpe mi puntualidad -dijo mientras se sentaba frente a mí-. Normalmente llego antes para comprobar que el lugar de la reunión sigue existiendo.

—Las cafeterías no suelen desaparecer de un día para otro.

—En este barrio no estaría tan seguro.

Sonrió ligeramente. Todavía no sabía si era una broma o un comentario basado en la experiencia. Dejó la hoja sobre la mesa y pidió un espresso.

—Marta me ha dado la información básica -comenzó-. Un paseo diseñado por usted, un barrio nuevo, lugares alejados de las rutas principales. Se supone que debo ayudar con la verificación y proponer algunos puntos.

—No exactamente -respondí-. Ya tengo una ruta provisional. Me gustaría que me ayudara a comprobar los datos, la accesibilidad de los lugares y las historias locales. No estoy buscando a alguien que la diseñe por mí.

Me miró con interés, como si acabara de escuchar algo que merecía recordar.

—Me alegra que lo diga. A veces la gente encarga un paseo y después espera que el guía también invente una razón para hacerlo.

—Yo ya tengo una razón.

—¿Cuál?

Deslicé hacia él la primera hoja. En el mapa había marcado nueve puntos unidos por una línea fina. Algunos estaban junto a calles que conocían todos los vecinos de la zona; otros, en lugares que resultaba fácil pasar por alto. Había un taller antiguo, una pequeña plaza entre edificios residenciales, un fragmento de un antiguo complejo industrial y varios establecimientos que no tenían ningún panel informativo.

—Quiero mostrar el barrio sin fingir que es algo distinto de lo que realmente es -expliqué-. No quiero contar la historia de Łódź exclusivamente a través de los industriales, la arquitectura y las fechas. Me interesa la vida cotidiana. Los lugares por los que la gente pasa porque tiene sus propios asuntos. Los detalles que no aparecen en los folletos promocionales.

Radosław se inclinó sobre el mapa. Durante unos instantes no dijo nada. Recorrió las marcas con la mirada y después sacó del bolsillo un lápiz fino.

—¿Puedo?

—Adelante.

Señaló un pequeño tramo entre dos puntos.

—Aquí tenemos un problema.

—¿Cuál?

—El paso está cerrado desde hace tres meses.

—Según los mapas municipales, sigue siendo accesible.

—Según los mapas municipales, también se puede llegar a un edificio que lleva seis años sin existir.

No me gustó el tono de su respuesta. No porque fuera descortés. Al contrario, hablaba con tranquilidad, sin el menor rastro de malicia. Precisamente aquella seguridad hizo que sintiera ganas de encontrar de inmediato un argumento que pusiera las cosas en su sitio.

—Por eso nos reunimos con alguien que conoce el terreno -contesté-. Pero si tiene información sobre el cierre, estaré encantada de verla.

—Puedo enseñársela.

Marcó un segundo punto.

—Aquí, en cambio, no tiene sentido llevar al grupo desde la calle principal. Es mejor entrar por el sur.

—¿Por qué?

—Porque desde el norte hay que atravesar un aparcamiento de carga y descarga. Por las mañanas no resulta especialmente agradable.

—El paseo no será una excursión para personas que tengan miedo de ver una furgoneta de reparto.

—No digo que lo sea. Solo digo que podemos evitarlo.

Lo observé con más atención. Tendría unos treinta y tantos años, quizá treinta y siete, y el rostro de alguien que prefería observar antes que hablar. Llevaba el pelo oscuro algo más largo en la parte superior y una barba de varios días que le daba un aspecto menos formal de lo que sugería su manera de conducir la conversación. No intentaba impresionarme. Tampoco buscaba que le confirmara que

sus observaciones eran acertadas. Simplemente daba por hecho que debían tenerse en cuenta.

—¿Tiene la costumbre de corregir los mapas de otras personas? -pregunté.

Levantó la mirada.

—Solo cuando alguien pretende utilizarlos para guiar a otras personas.

—¿Y si alguien quiere decidir primero adónde desea llevarlas?

—Entonces debería conocer el camino.

—Lo conozco.

—En ese caso, la mitad del trabajo ya está hecha.

Me recosté en la silla. Durante un instante tuve ganas de cerrar la carpeta y dar por terminada la reunión. No porque Radosław hubiera dicho algo ofensivo, sino porque intuía en él una clase de seguridad que podía resultar difícil de soportar durante varias semanas de colaboración.

Por otro lado, tenía razón respecto al pasaje cerrado.

—Me gustaría recorrer con usted una parte de la ruta -dije finalmente-. No para ver todo lo que usted considera importante. Quiero comprobar si mis puntos tienen sentido.

—Me parece justo.

—Y no pienso cambiar cada lugar solo porque usted conozca un camino mejor.

—No espero que cambie todos los lugares.

—Sonaba como si lo esperara.

—Quizá no me he expresado bien.

Era la primera vez que veía que podía aceptar una observación sin contraatacar inmediatamente. Me di cuenta de ello y no quise reconocer que me había causado una buena impresión.

Nos levantamos de la mesa. Radosław dobló el mapa, pero no lo guardó en su carpeta. Salimos a la calle, donde el sol de octubre se reflejaba en los cristales de un edificio nuevo. Me dirigí hacia el primer punto y él caminó a mi lado, ligeramente rezagado. Unos metros más adelante señaló la entrada de un pasaje estrecho.

—Por aquí llegaremos antes.

—No quiero ir por el camino más rápido.

—De acuerdo. Solo quería mostrarle una posibilidad.

Giré en la dirección contraria. Por el camino pasamos junto a una sastrería cuyo escaparate estaba casi completamente cubierto de tela. Me detuve para fotografiar el letrero. Radosław no me preguntó qué estaba fotografiando. En cambio, dijo:

—La lleva la señora Elżbieta. Trabaja aquí desde hace más de veinte años. Si quiere contar algo sobre este lugar, sería mejor preguntarle antes de hacer fotografías del interior.

—No pensaba entrar sin pedir permiso.

—Lo sé. Prefiero advertirlo.

—¿Siempre da por hecho que la gente no sabe comportarse?

Volvió la cabeza hacia mí.

—No. Pero a menudo me encuentro con personas que llegan con una idea preconcebida sobre la vida de los

demás. Después se sorprenden cuando los vecinos no quieren aparecer en sus historias.

No respondí inmediatamente. Recordé a la mujer de la tienda y la nota que había escrito el día anterior. No tenía intención de explicarle que precisamente eso era lo que estaba empezando a aprender.

—En eso sí que estoy de acuerdo -dije.

—Me alegro.

Nos detuvimos junto a una pequeña plaza que no aparecía en ninguno de los mapas turísticos populares. Había un banco, varios árboles y un quiosco antiguo con la persiana bajada. Al fondo se veía un fragmento de la pared de ladrillo de una antigua fábrica. No había nada espectacular en aquel lugar, pero la luz se posaba sobre el muro de una manera que captó inmediatamente mi atención.

Saqué el cuaderno de bocetos y empecé a dibujar.

Radosław permaneció a mi lado durante un momento. Después señaló el quiosco.

—Este lugar tiene una historia que no encontrará en ningún archivo.

—¿Cuál?

—Durante muchos años vendían aquí periódicos, billetes y cigarrillos. El dueño conocía a todas las personas que cruzaban la plaza a diario. Sabía quién había cambiado de trabajo, quién se había mudado y quién había dejado de pasar por allí. Cuando cerró el quiosco, la gente empezó a decir que la plaza había perdido su centro.

—¿Y cómo lo sabe?

—Por las personas que venían aquí.

—¿Habló con ellas?

—Con algunas. Durante años, con otras.

Anoté sus palabras, pero todavía no las incorporé al proyecto. Primero quería comprobar si el dueño del quiosco estaría de acuerdo con que utilizáramos su historia. Radosław se dio cuenta de que no estaba colocando ningún símbolo en el mapa.

—¿No va a marcarlo?

—Por ahora, no. Primero quiero saber si este lugar puede contar su historia sin invadir la intimidad de nadie.

Me miró durante unos instantes y después asintió.

—Es razonable.

—No tiene por qué sorprenderse.

—No me sorprende.

Su sonrisa apareció solo un momento, pero fue suficiente para que notara el cambio en su rostro. Antes me había parecido algo severo. Ahora veía que podía ser cálido, aunque no repartiera esa calidez entre todas las personas que conocía.

Recorrimos algunas calles más. En cada punto, Radosław añadía alguna información, a veces corrigiendo un nombre, otras señalando un cambio en la distribución de los edificios. Algunos datos eran muy útiles. Otros me parecían ampliaciones innecesarias del tema. Cuando propuso desplazar uno de los puntos varios cientos de metros, me negué. Lo aceptó, aunque noté que durante un instante siguió mirando el mapa como si todavía estuviera considerando su propia versión.

Antes del mediodía nos sentamos en un banco. Coloqué el cuaderno de bocetos entre los dos.

—Tengo una pregunta -dije-. ¿Por qué aceptó participar en este proyecto?

—Marta me lo pidió.

—Eso ya lo sé. Pero ¿por qué no se negó?

Se quedó pensando.

—Porque me gusta enseñar a la gente lugares que probablemente nunca habría encontrado por sí misma. Y porque cada vez más paseos por Łódź parecen dar a entender que la ciudad se compone de unos cuantos puntos obligatorios. Pero la gente también vive en todos los espacios que hay entre ellos.

—Entonces, al menos tenemos un objetivo en común.

—Eso parece.

—Pero utilizamos métodos diferentes.

—Eso no tiene por qué ser un problema.

Lo miré. No había ironía en su voz. Hablaba como si realmente creyera que nuestras diferencias podían convertirse en algo útil.

—Ya veremos -dije.

De regreso, nos detuvimos en un cruce. Yo iba a girar a la izquierda, pero Radosław señaló la acera de la derecha.

—Por ahí llegará antes a la cafetería.

—Lo sé.

—Por supuesto.

—Quería ver aquella otra fachada.

Miró el edificio y después me miró a mí.

—Entonces, por allí.

No comentó mi decisión. Tampoco intentó convencerme de que existía una ruta mejor. Simplemente echó a andar a mi lado. Aquel pequeño gesto consiguió que me sintiera más cómoda que durante toda nuestra conversación anterior.

Junto a la cafetería intercambiamos nuestros números de teléfono. Radosław guardó mi contacto y después volvió a mirar el mapa.

—Necesitaré algo de tiempo para preparar una lista de lugares que convendría verificar.

—Yo también. Le enviaré el boceto actualizado.

—De acuerdo. Pero, por favor, no interprete mis observaciones como un intento de apropiarme del proyecto.

—Y usted no interprete mis decisiones como errores que necesitan una corrección inmediata.

Durante unos instantes nos miramos en silencio. Después sonrió más abiertamente.

—Trato hecho.

Me tendió la mano y se la estreché.

Todavía no sabía si aquella colaboración acabaría siendo una buena idea. Lo que sí sabía era que Radosław Żak no era de los que renunciaban fácilmente a sus propias opiniones. Yo tampoco tenía intención de hacerlo.

Y quizá precisamente por eso, cuando se alejó en dirección a la parada del tranvía, me quedé mirándolo durante unos segundos en lugar de regresar inmediatamente a mis notas.

No fue hasta que llegué al estudio y extendí el mapa sobre la mesa grande cuando comprendí cuántos pequeños cambios me había propuesto durante el recorrido. No todos eran necesarios, pero algunos podían evitarme errores.

Marqué el pasaje cerrado, añadí información sobre los horarios de carga y descarga y coloqué un signo de interrogación junto al quiosco.

Sin embargo, no quería que sus observaciones se convirtieran automáticamente en una nueva versión del proyecto. Pensaba comprobar cada una por mi cuenta.

El teléfono vibró. Era un mensaje de Radosław que contenía una fotografía de un fragmento del mapa con una ruta alternativa señalada.

«No tiene por qué utilizarla. Solo merece la pena saber que existe».

Leí el mensaje dos veces. Respondí:

«Saber que existe no es lo mismo que elegirla».

La respuesta llegó casi inmediatamente.

«Empiezo a entender que usted va a defender esa diferencia».

Dejé el teléfono y volví a dibujar. No estaba segura de si se estaba burlando de mí o si realmente intentaba comprender mi manera de trabajar. En cualquier caso, por primera vez en mucho tiempo, una conversación sobre un proyecto profesional no había terminado con un simple intercambio de archivos y fechas. Había quedado algo más, algo que todavía no sabía nombrar.

Capítulo 2 - Las reglas del camino compartido

Al día siguiente nos reunimos en mi estudio. Había invitado a Radosław a las cinco de la tarde porque antes del mediodía tenía que terminar una ilustración para otro cliente. No pensaba posponer mis propias obligaciones solo porque el nuevo proyecto requiriera la participación de dos personas. Si íbamos a trabajar juntos durante las siguientes semanas, quería dejar claro desde el principio que ambos teníamos también una vida al margen de aquella colaboración.

Mi estudio estaba en la segunda planta de una antigua casa de vecinos, en un local alquilado por varios profesionales creativos. Yo ocupaba una pequeña habitación con una ventana grande, una mesa de madera y una estantería llena de papeles. En una pared tenía colgadas muestras de colores y, en la otra, bocetos de mapas que nunca habían llegado a ninguna editorial. No había ordenado especialmente antes de su visita. No quería crear la impresión de que alguien que venía a verme por motivos profesionales tenía que encontrar un espacio perfectamente organizado.

Radosław llegó puntual. Traía una bolsa de tela de la que sacó dos cuadernos, varias hojas impresas y un libro pequeño con las esquinas de las páginas dobladas.

—Veo que se ha preparado para una visita larga -dije mientras apartaba una silla.

—No sabía cuántas preguntas habría.

—Muchas.

—En ese caso, me alegro de no haber venido con las manos vacías.

Se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla. Miró alrededor de la habitación y se detuvo ante una hoja grande de papel que había sobre la mesa. En ella había dibujado un mapa del barrio, pero sin nombres de calles. En su lugar había pequeñas ilustraciones: fragmentos de muros, ventanas, escaleras, árboles y entradas a patios interiores. Todavía no estaba terminado.

—¿Es un proyecto suyo? -preguntó.

—Uno de ellos.

—Es bonito.

—No tiene que elogiarme para que podamos trabajar.

—No lo digo por obligación.

Lo dijo con tanta naturalidad que no encontré respuesta. Sin embargo, me fijé en que no tocó el papel, aunque estaba justo delante de él. Esperó a que yo misma lo acercara.

Aquel pequeño detalle no pasó inadvertido para mí. El día anterior, durante el paseo, había tenido la impresión de que quería corregirlo todo. Hoy se comportaba de otra manera, como si supiera que en mi estudio no era él quien estaba en su casa.

Preparé café para los dos. Cuando regresé a la mesa, había colocado sus notas en una pequeña pila ordenada.

—Empecemos por lo concreto -propuse-. Tenemos que crear un paseo de unos noventa minutos. Nueve o diez puntos, sin atracciones turísticas obligatorias. La ruta debe poder recorrerse a un ritmo normal, teniendo en cuenta una pausa y una alternativa.

—Noventa minutos pueden ser complicados si queremos hablar con la gente que vive allí.

—No todos los puntos tienen que incluir un encuentro con algún vecino.

—Por supuesto. Pero algunas historias merecen escucharse directamente de las personas que las han vivido.

—Siempre que quieran contarlas.

—Estoy de acuerdo.

Sacó uno de sus cuadernos y lo abrió por una página en la que aparecían varios nombres. No había direcciones ni información detallada junto a ellos. Solo observé algunas anotaciones breves: «taller — pedir permiso», «quiosco — sin decisión», «plaza — recuerdos de los vecinos».

—Son contactos que podemos utilizar -explicó-. Todavía no todas las personas han aceptado participar. Algunas quieren saber primero cómo será exactamente el proyecto.

—¿Y qué les ha dicho?

—Que no publicaremos nada sin su consentimiento.

Acercó el cuaderno hacia mí. Me gustó que no tratara a aquellas personas como si fueran material disponible para utilizar. En mi trabajo me encontraba a menudo con la expectativa de que, si alguien aparecía en una fotografía o contaba una anécdota, automáticamente pasaba a formar parte del proyecto de otra persona. Yo tampoco quería trabajar así.

—Bien -dije-. Me gustaría que estableciéramos en cada punto qué podemos mostrar y qué no. Si alguien no quiere que aparezca su nombre, no lo ponemos. Si no quiere fotografías, no hacemos fotografías. Y si decide que no quiere formar parte del paseo, buscamos otra solución.

—Son normas razonables.

—No quiero que más adelante tengamos definiciones diferentes de la palabra consentimiento.

—No las tendremos.

Había algo firme en su respuesta, pero esta vez no lo interpreté como un intento de imponerme su opinión. Hablaba de algo que, evidentemente, consideraba tan importante como yo.

Pasamos al siguiente asunto: el recorrido de la ruta. Radosław presentó una propuesta de orden en la que los distintos lugares formaban un relato lógico sobre el desarrollo del barrio. Empezaba junto a una antigua fábrica, continuaba por una calle con edificios residenciales bien conservados y terminaba en una pequeña plaza.

—Tiene sentido desde el punto de vista histórico -dije-. Pero no necesariamente desde el emocional.

—¿Qué quiere decir?

—La gente no tiene por qué conocer la ciudad siguiendo el orden en el que se construyó. Podemos empezar por un lugar que parezca insignificante y explicar después por qué es importante.

—Pero, sin contexto, quizá no entiendan lo que están viendo.

—Precisamente por eso contaremos historias. No pienso convertir esto en una clase de cronología.

Durante unos instantes observó mi mapa. Después señaló un pequeño dibujo de unas escaleras que conducían a un antiguo edificio residencial.

—¿Le gustaría empezar aquí?

—Me lo estoy planteando.

—Hay un problema. La entrada por este lado solo está disponible en determinados horarios.

—Podemos comprobarlo.

—Ya lo he comprobado. El propietario del edificio no quiere que los grupos pasen por allí sin haberlo acordado previamente.

—Entonces le pediremos permiso.

—¿Y si se niega?

—Eliminaremos ese lugar.

Radosław me observó durante unos instantes.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más. No pienso convencer a nadie de que nuestro proyecto es más importante que su tranquilidad.

—De acuerdo. En ese caso, prepararé una alternativa.

—Puede preparar una propuesta. La decisión la tomaremos juntos.

Dejó el lápiz suspendido sobre el papel. No comentó mi objeción, pero vi que la anotaba en su cuaderno.

Trabajamos durante otra hora. Hablamos de las distancias, del tiempo necesario para recorrerlas y de los lugares donde el grupo podría detenerse sin bloquear la acera. Radosław conocía detalles que no podían encontrarse en internet. Sabía a qué horas una de las calles recibía el tráfico de reparto por las mañanas, dónde se estrechaba la acera junto a un edificio en obras y qué entrada a una antigua construcción estaba actualmente fuera de servicio.

Yo, por mi parte, era capaz de contemplar el conjunto desde la perspectiva de alguien que nunca había estado en

aquel barrio. Detectaba los lugares donde el mapa dejaba de ser legible, donde los símbolos empezaban a competir entre sí y donde un exceso de información podía quitarle al usuario las ganas de descubrir el espacio por su cuenta.

Cuando le mostré una de las versiones de la leyenda, se inclinó sobre el papel.

—¿Por qué no ha marcado aquí el paso de peatones?

—Porque no quiero que el mapa parezca un manual de instrucciones.

—Pero alguien podría no saber dónde cruzar la calle de forma segura.

—Entonces esa información debe aparecer en la descripción de la ruta, no necesariamente en la ilustración principal.

—¿Es decir, seguridad por un lado e interpretación por otro?

—Exactamente.

Permaneció en silencio unos instantes y después deslizó la hoja hacia mí.

—Puede funcionar.

Sonreí. No porque hubiera aceptado mi idea, sino porque realmente estaba intentando comprender lo que quería conseguir.

En un momento dado sonó su teléfono. Miró la pantalla y rechazó la llamada.

—Puede contestar -dije-. No hace falta que finjamos que trabajamos en un mundo aislado.

—Ya devolveré la llamada más tarde. Es algo que puede esperar.